

DOS CARTAS SOBRE RUSIA Y EL COMUNISMO

Sin ánimo de remover una polémica, que evidentemente hoy no sería inoportuna, pero sí con el propósito de que pueda comprobarse la razón de España, damos a continuación el texto íntegro de dos cartas, sin duda históricas, que tomamos del libro de José M^a Doussinague, «España tenía razón» (Espasa-Calpe, Madrid, 1950).

«Madrid, España, octubre 21, 1943.

«Mi estimado señor Ministro y amigo:

»En mi conversación con el Caudillo, de fecha 28 de julio pasado, hice saber que mi Gobierno no tenía interés alguno en la política interior española, pero que le interesaba mucho la política exterior de España, especialmente en relación con su actitud para con las naciones en guerra, y recomendé que España, en interés propio y en provecho de las mejores relaciones entre nuestros dos países, debería declarar abiertamente su neutralidad. Mucho me ha complacido que el general Franco lo haya hecho así y estoy convencido de que al hacerlo ha obrado muy inteligentemente en favor de los intereses de España.

»Al mismo tiempo estoy hondamente preocupado ante los continuos ataques contra Rusia de los dirigentes españoles y de la Prensa española. No me refiero a la oposición de España, en general, al comunismo, sino más bien a declaraciones y actos específicos que confunden al comunismo con Rusia, uno de los principales aliados de los Estados Unidos en la guerra.

»Me temo que el Gobierno español pueda tener la impresión de que el Gobierno de los Estados Unidos ve con entera complacencia esta actitud antirrusa del Gobierno español y de la Prensa oficialmente controlada por él. No es así, en realidad, y me agradaría exponer el punto de vista de mi Gobierno sobre el particular algo más explícitamente que he tenido ocasión de hacerlo hasta ahora.

»Rusia es un miembro importante de las Naciones Unidas. Cualquier ataque contra Rusia, por consiguiente, representa un ataque contra un importante aliado de los Estados Unidos. La complacencia hacia la Alemania nazi, en cambio, es una complacencia hacia un enemigo de los Estados Unidos. Al atacar sistemáticamente a Rusia, mostrando al mismo tiempo una complacencia excesiva hacia la Alemania nazi, España está dando pruebas de parcialidad en favor de Alemania y de hostilidad hacia una de las Naciones Unidas.

»No hay ningún país en el mundo, a excepción de Rusia, que pueda acoger favorablemente al *comunismo* dentro de sus fronteras. La actitud de España a este respecto no difiere de la actitud de la mayor parte de los demás países. Sin embargo, todos los países libres del mundo, son también opuestos al *nazismo*, y creo que no es arriesgado presumir que la mayoría de los alemanes también son ahora opuestos a él. Prácticamente, España es el único país libre que ha dejado de tomar una posición definida frente al nazismo. Hasta el Vaticano, a cuya actitud concede generalmente el Gobierno español la debida importancia, ha condenado el nazismo en términos más duros aun que los que ha empleado para condenar el comunismo. Algunas de las más enérgicas condenaciones contra el nazismo han venido de los obispos católicos de Alemania.

»El comunismo no es, en fin de cuentas, sino un problema esencialmente interno. Si las condiciones necesarias para el desarrollo del comunismo no existen en un país, no hay razón alguna para que tal país se haga comunista. Carece, por consiguiente, de toda base real la creencia de que un país determinado pueda dominar una posible amenaza comunista dentro de sus fronteras mediante ataques públicos a Rusia. Dicha amenaza puede dominarse, a la larga, solamente gracias a la creación de un nivel de vida que haga imposible el desarrollo del comunismo.

»Los Estados Unidos y la Gran Bretaña, al mantener su comercio con España, están contribuyendo de una manera eficaz a dominar aquellas condiciones que pudieran fomentar el desarrollo del comunismo, y mi Gobierno no ve con gusto que España, por su parte, corresponda a ello atacando sistemáticamente a Rusia, un importante aliado de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, mientras quiere hacer parecer que está atacando al comunismo.

»Desde el punto de vista de la seguridad de España, en lo presente y en lo porvenir, España se está exponiendo, sin necesidad, a posibles represalias futuras por parte de Rusia. El Gobierno español debería tener en cuenta que Rusia entró en la guerra porque fué atacada por Alemania, y que Rusia está envuelta en una guerra de defensa de su propio suelo.

»Cuando llegue la victoria final para las Naciones Unidas, Rusia habrá ganado el derecho a participar en las deliberaciones de la paz. Tendrá una importante voz en las Conferencias de la Paz y en los muchos reajustes que, inevitablemente, habrán de llevarse a cabo en el terreno

internacional después de la guerra. Este derecho no puede ni debe serle negado a Rusia, que lo ha adquirido en buena lid. Al atacar sistemáticamente a Rusia, España está haciendo cada vez más difícil a las democracias el continuar manteniendo esta actitud de ayuda a España que les gustaría seguir observando.

»Mi Gobierno no suscribe la teoría, frecuentemente expresada por funcionarios españoles, de que la guerra actual haya de acabar con una guerra contra el comunismo. Mi Gobierno prevé una colaboración continua de las demás Naciones Unidas con Rusia durante la guerra y después de terminar ésta, y está haciendo todo lo posible para ayudar a echar los cimientos de esta colaboración. Considera, pues, que España, en su propio interés y en interés de sus relaciones con el resto del mundo, debería ayudar también a echar los cimientos de una colaboración pacífica con las Naciones Unidas, incluyendo Rusia, en lo porvenir.

»El Gobierno español, mientras que oficialmente era «no beligerante», se negó a permitir la publicación de los comunicados de guerra rusos. Todas las noticias publicadas en la Prensa española acerca de la guerra en el frente oriental proceden de fuentes alemanas. El Gobierno español habrá ya podido convencerse plenamente de que tales informes no son dignos de crédito, y han dado una idea tan falseada de la guerra, que el público español ya no los toma siquiera en serio. Además, las noticias de las victorias militares rusas llegan al público español por diversos otros conductos, y el pueblo español es demasiado inteligente para dejarse engañar por los comunicados alemanes.

»La negativa del Gobierno español a permitir la publicación de los comunicados rusos no ha conseguido, por consiguiente, impedir que la verdad acerca de los éxitos militares rusos llegue a ser conocida en España. Sin embargo, este sistema ha dado al público la impresión de que tales éxitos militares rusos de las Naciones Unidas, son desagradables para el Gobierno español. Por consiguiente, cada victoria rusa ha sido considerada como una derrota para el Gobierno español.

»Ahora que el general Franco ha puesto en claro que España es neutral, es aparente que todas las razones abonan el que el Gobierno español tome ya las medidas necesarias para asegurar la publicación de los comunicados rusos, de la misma manera que son publicados los comunicados de todas las demás naciones beligerantes. Los comunicados rusos se publican en Alemania, y no puedo concebir razón alguna que impidan que sean publicados en España al igual que son publicados en todas las demás naciones neutrales.

»En resumen: *mi Gobierno no ve con complacencia la actitud de España hacia Rusia*. Esta actitud es un poderoso obstáculo para el mejoramiento de las relaciones entre España y los Estados Unidos. Constituye un perjuicio considerable para la situación internacional de España, y disminuye gravemente los beneficios que España pudiera, en otro caso, esperar recibir como consecuencia de otros aspectos de su política exterior.

»El punto de vista de mi Gobierno es el de que, en su propio interés, España debería, sin retraso, tomar las siguientes medidas:

- 1.º Anunciar la retirada de la División Azul.
- 2.º Publicar los comunicados rusos de la misma manera que se publican los comunicados de los demás países beligerantes.
- 3.º Cesar sus ataques contra Rusia a través de las manifestaciones públicas de funcionarios españoles y a través de la Prensa, la radio, etcétera.
- 4.º Dejar de pretender que la agresión de Alemania contra Rusia es una «cruzada», cuando el mismo Gobierno alemán ha confesado en numerosas ocasiones que se trata de una guerra de conquista.

»Creo que España debería tener presente que es el único país libre del mundo cuyo Gobierno ataca a Rusia sistemáticamente, mientras se abstiene de atacar a Alemania. Esta distinción es dudosa y peligrosa, y España debería abandonarla en su propio interés.

»Escribo a V. E. de esta manera tan franca y personal, no solamente como representante de los Estados Unidos, sino asimismo como un sincero amigo y admirador de España.

»Gustoso aprovecho esta oportunidad para expresar nuevamente a V. E. el testimonio de mi más distinguida consideración y afecto.

CARLTON J. H. HAYES.»

Embajador en España de los EE. UU. de América

«Mi querido Embajador y amigo:

»Celebro mucho que la carta que me ha dirigido, con fecha 21 de octubre, tenga un carácter puramente personal, según me manifestó usted reiteradamente, porque esto me permite expresarle, con toda franqueza y a título también personal, la viva sorpresa que me ha producido por lo extrañamente desconcertadas que están sus ideas con la realidad española y con la visión de este problema que nuestro Gobierno y nuestro país tienen. Esta visión, expuesta públicamente por el Generalísimo y aun por mí, se basa en la aceptación de los principios cristianos tal como los acepta la Santa Sede, rechazando, por tanto, lo que ésta considera condenable; lo cual expresa con suficiente transparencia y claridad nuestra posición doctrinaria en el punto a que usted se refiere.

»Respecto a las relaciones con Moscú existen dos puntos de vista, el del señor Embajador y el mío. Yo comprendo que en un país beligerante la psicosis de la guerra influya en que todo pensamiento y todo esfuerzo se concentren exclusivamente en el deseo de obtener la victoria y a esto se subordine todo; pero espero que el señor Embajador comprenderá que en un país neutral un gobernante sea sensible a la obligación que tiene de ver más allá de la guerra, muy por encima de los sucesos militares y plantearse en toda su extensión los problemas espirituales de su época.

»Como el Generalísimo Franco ha expresado reiteradamente y de manera especial en su discurso del 1 de octubre (del que le envío algunos párrafos), España estima que «independientemente de lo que la suerte de las armas decida en la contienda», muy anteriormente a la guerra y con mucha más profundidad que ésta, existe en el mundo un problema espiritual de la más extraordinaria trascendencia, constituido por el ambiente revolucionario de unas masas alejadas de la creencia en Dios y que, por lo tanto, aspiran a mejorar su situación económica por la violencia, empleada sin escrúpulo ni limitación alguna, apoderándose de abundantes riquezas para disfrutarlas ampliamente mientras dure esta vida, cueste lo que cueste y empleando los medios a propósito, cualesquiera que éstos sean. Este espíritu revolucionario de diferentes matices, ha venido a agruparse bajo lo que se conoce con el nombre genérico de bolchevismo. La guerra es un fenómeno pasajero, mientras que el espíritu revolucionario de las masas constituye el problema fundamental de la época presente, de una hondura y de una permanencia muchísimo mayor que la del conflicto bélico.

»Vistas las cosas así, comprenderá el señor Embajador mi asombro al advertir en su carta la convicción de que este vastísimo y fundamental espíritu revolucionario pueda combatirse simplemente mejorando el nivel de vida de las clases más necesitadas, como si no tuviera millones de partidarios en los países de más alto nivel económico. Apenas puedo creer que haya quien piense que este gigantesco peligro que amenaza a nuestra sociedad pueda reducirse a una pequeña cuestión de reajuste de salarios. No, señor Embajador; no se trata tan sólo de un problema económico, ni siquiera de un problema social, por mucha amplitud que se le dé a esta palabra: se trata de un problema espiritual, de un mal gravísimo, que alcanza lo más hondo e íntimo del espíritu humano, pues al enseñarse a las masas que la moral no es más que un prejuicio burgués que debe dejarse de lado, y que no hay una justicia superior a la que tengan que dar cuenta el día de mañana de sus actos, se les priva de todo freno y se les lanza a destruir todos los obstáculos que se opongan a la desordenada satisfacción de sus más brutales instintos. Ciertamente es, que hay que mejorar la situación de las clases trabajadoras, y a este respecto debo insistir en llamar su atención hacia el discurso pronunciado por el Caudillo el 1 de octubre, pidiéndole que lo lea atenta y personalmente: ninguna nación tiene empeño mayor en lograr mejoras de orden social a pesar de las enormes dificultades que encontramos para ello como consecuencia de la pasada guerra civil, y precisamente por la concepción íntegramente cristiana de nuestro Estado queremos sinceramente poner todos los medios para mejorar, con un criterio fraternal y generoso, la situación de las clases necesitadas en la máxima medida posible. Pero sería ingenuo creer que estas mejoras pueden hacer desaparecer totalmente una enfermedad tan grave.

»Un país que como España conserva la plena serenidad de juicio que le da su posición neutral, que ve los problemas del mundo y de la hora presente con el ánimo reposado de quien disfruta de la paz y de una posición enteramente desapasionada y objetiva, está en situación más favorable para ver con claridad estas cuestiones que quienes se mueven en el ambiente de pasión exacerbada por la guerra; por eso, nosotros, elevándonos muy por encima de las simples conveniencias militares de esta guerra, enfocamos con toda su gravedad y en toda su profundidad esta importantísima cuestión.

»No puede decirse que esto sea un problema puramente interno. El Gobierno español tiene documentos y pruebas que demuestran que el movimiento comunista español fué organizado por agentes enviados desde Moscú, y no hay quien ignore que el espíritu revolucionario que hierve en forma subterránea en todo el planeta es objeto de apoyo y defensa intensísimo por el Gobierno de la U. R. S. S. Su lema, «Proletarios de todos los países, uníos», es la bandera de la rebelión contra la sociedad tal como está hoy organizada y la invitación a destruirla totalmente por la fuerza, sin que a este respecto pueda caber duda alguna.

»La U. R. S. S. es la que preconiza el régimen de dictadura del proletariado, dictadura que hay que imponer por la revolución. Si España no tiene nada contra Rusia como nación, si ve con gran inquietud que la U. R. S. S. (única forma en que ella quiere llamarse a sí misma) se haya

señalado voluntariamente por misión organizar la revolución del mundo. El hecho de que Rusia haya sembrado durante veinte años por todos los continentes la semilla comunista, hace que los triunfos militares de su Ejército se interpreten en los medios más turbios de todos los países como una aurora de esperanza para la subversión social; por ello España, que tanto ha sufrido con la explosión comunista y que se halla aún convaleciente de las heridas que ésta le produjo, ha de mirar con todo cuidado el no contribuir a alentar los instintos de rebeldía de esos medios, a los que ha habido que contener a costa de toda clase de sacrificios. Por otra parte, el reconocimiento explícito que Alemania hace de los progresos del Ejército de la U. R. S. S. es suficiente para llenar el interés informativo.

»Es inexacto que España ataque a Rusia; España no ataca, sino que se defiende del comunismo por todos los medios a su alcance. España es el país que con más conocimiento de causa y mayor número de elementos de juicio puede hablar de esta cuestión, por haber sufrido tan recientemente el azote de una revolución comunista, que sólo en Madrid ha producido millares y millares de asesinatos, destrucciones, etc., sin contar (y esto es lo más importante) con la difusión de ideas esencial y radicalmente opuestas a los principios básicos de la civilización cristiana.

»Se hace forzoso recordar que en septiembre de 1936 asumieron el Poder en Madrid los comunistas, siendo el Jefe del Gobierno Largo Caballero, llamado «el Lenín español»; cientos de miles de españoles llevan aún en su corazón luto como consecuencia de esto. Después, mientras duraba la guerra civil, un grupo republicano y democrático consiguió, dentro del bando rojo, derribar a Largo Caballero; pero el partido comunista, a pesar de las orientaciones extremistas y demoleadoras de este grupo republicano, no se conformó, sino que promovió una nueva revolución, y en marzo de 1939 se combatió durante varias semanas durísimamente en Madrid entre comunistas y republicanos, sin que intervinieran en esto las fuerzas del Ejército mandadas por el Generalísimo Franco. Aquellos republicanos eran de ideas de extrema izquierda y habían tolerado sin protesta todos los excesos, los asesinatos y los atropellos de los comunistas, a los que trataban con gran benevolencia; pero los comunistas y los agentes rusos que les dirigían demostraron que no aceptaban aquel régimen democrático y republicano, sino para utilizar las libertades que éste les daba a fin de poderlo destruir y traer a España el régimen soviético.

»Es explicable que en un país beligerante se vea en las victorias rusas tan sólo un apoyo a la empresa militar de sus aliados; pero quienes conservan una clara visión de la situación presente ven, además de esto y más allá de las consecuencias puramente militares de dichas victorias, toda su enorme trascendencia para el porvenir, especialmente por lo que se refiere a los pueblos europeos que el Ejército soviético pueda llegar a ocupar. España no puede ver en la U. R. S. S. tan sólo lo que hay en ella de accesorio y circunstancial, su calidad de aliada de los Estados Unidos, cerrando los ojos para no ver lo que hay en ella de fundamental y sustantivo, su verdadera faz, su doctrina, procedimiento y propósitos, en España sobradamente conocidos por la más aleccionadora e innegable experiencia.

»Durante veinticinco años, nuestro país, con Monarquía democrática, con Dictadura y con República, cuyas tendencias eran de extrema izquierda, no tuvo la menor relación con la U. R. S. S. por considerar unánimemente el país los peligros que encerraban estas relaciones, coincidiendo en esto con varias de las Naciones Unidas y neutrales que todavía no mantienen relaciones normales con Moscú, aunque en aquéllas su actual situación de beligerantes haga que se inicie, con la oposición de importantes sectores de opinión, un contacto con el Gobierno soviético. No puede compararse este caso con el de las relaciones con Alemania, país que venía manteniéndolas con todas las demás naciones hasta la guerra y que aun sigue manteniéndolas hoy con los que no son beligerantes del lado aliado. Pero el mantener relaciones con un país no quiere decir que se aprueben sus excesos o errores de doctrina, los cuales pueden apreciarse con más ecuanimidad por un neutral que por un enemigo.

»Mi país, que no puede participar de las opiniones expuestas en su carta, hace toda clase de reservas ante las transformaciones aparentes que, forzada por las circunstancias y por sus alianzas, parece admitir la U. R. S. S., esperando que el tiempo y los hechos permitan formarse acerca de esto un juicio claro. Por el momento, del movimiento religioso, al que se hace gran propaganda por los soviets, no se ven más que apariencias, y es difícil sustraerse a la idea de que éstas lleven consigo una finalidad política y se enlacen con aspiraciones de dominio, especialmente, sobre países balcánicos de religión ortodoxa. Nosotros somos los primeros en anhelar que la guerra alcance transformar cuanto de peligroso y condenable existe en el régimen soviético y que puedan olvidarse sus veinticinco años de terror; si esto ocurre, nadie se alegrará más que los españoles, que se apresurarán a tender la mano a la nación rusa con la mayor sinceridad, pues esta fué nuestra amiga y ocupó lugar preferente en nuestras relaciones exteriores en tiempos pasados. Cuando Rusia dejase de ser la nación comunista revolucionaria que promovió y promueve en el mundo los más hondos movimientos subversivos, nosotros volveríamos a considerarla como a los países que no tienen por lema la revolución mundial.

»Con esta ocasión me complazco en reiterarle, como siempre, la expresión de mi consideración más distinguida.

EL CONDE DE JORDANA.»

Ministro de Asuntos Exteriores de España.